

EL IMPACTO  
ECONÓMICO DEL  
ATAQUE DEL  
11 DE SEPTIEMBRE

# La Revista

de EL ESPECTADOR

DOMINGO 30 DE SEPTIEMBRE DE 2001 • N° 63

UNA ARISTÓCRATA  
ALEMANA CON LOS  
MÁS POBRES DE  
CARTAGENA



## Mujeres en la guerra

A través del teatro, tres mujeres: la guerrillera, la madre y la desplazada, conmueven con su historia de dolor.

# Mujeres en la guerra

**A través del teatro, la actriz Carlota Llano sacude con la historia de una guerrillera, una madre y una desplazada. Una guerra inútil vista con el dolor de tres mujeres.**

# E

mpezó siguiéndoles la pista a las crónicas de los periódicos. Carlota Llano quería que su próxima actuación en las tablas fuera sobre historias actuales, de esas que suceden a diario en Colombia, y por eso cada mañana se daba a la tarea de leer la prensa de principio a fin. Con

la disciplina de acero que le quedó después de 21 años de actriz en el Teatro Libre. Pero los buenos relatos se perdían sin dejar rastro y ella se quedaba sin saber qué pasaba con el destino de sus protagonistas. Por eso desertó y decidió que había que buscar en otra parte. Y buscó, hasta el día en que apareció su compañero, el director de teatro Fernando Montes, le alargó un libro y le dijo: éste es. Se llamaba *Mujeres en la guerra*, escrito por Patricia Lara. Había sido premio Planeta de periodismo en el 2000. Diez reportajes a mujeres afectadas por la vida de las armas. Diez testimonios de mujeres de distintas procedencias, cada una con su acento personal, con sus heridas y sus cuitas. Escogieron tres. A Dora Margarita, ex guerrillera del Eln y del M-19, a Margoth Leongómez de Pizarro, mamá de tres guerrilleros, de Carlos, Hernando y Margoth Pizarro y además hija de coronel y esposa de almirante y a Juana Sánchez, una desplazada del Magdalena Medio.

El escenario: La Casa del Teatro en Bogotá.

Todas distintas pero complementarias. Tenían en común valentía, ale-

*Texto: Astrid Muñoz- Testimonios editados del guión de la obra •*

*Fotografías: Leonardo Castro*





gría y coraje. Esa manera de sobreponerse siempre a la adversidad, al dolor y a la muerte de los suyos para defender su arraigo al amor, a la esperanza, a la tierra. El común denominador de todas en el libro. Y era eso lo que ambos andaban buscando. Algo que remitiera a este oscuro momento de país y que mostrara esa afirmación de vida en medio de los estragos de la guerra. Había una limitante, claro, que la obra no podía sobrepasar una hora y 20 minutos y que todo debía suceder en un aliento. Como una larga letanía dicha de un tirón. Sus historias de vida no resistían un segundo *round*. Así que editaron el texto original sin sacrificar su intensidad y buscaron un universo artístico para cada una de ellas.

Tanto el director de *Mujeres en la guerra*, Fernando Montes, como su única actriz, Carlota Llano, estaban de acuerdo en que había que encontrarles una caja de resonancia a las voces de estas mujeres. Había que ponerles parlante a sus palabras para que vibraran con los espectadores. Por eso cada una tiene su propio rosario de canciones.

Por eso Dora Margarita entona *La Llorona* al inicio de su relato. Porque hay en ella esa fuerza, ese orgullo y esa cosa tan nuestra de pueblo que sabe celebrar sus alegrías, llorar sus tristezas y cantar las desdichas del corazón. Por eso después entra Margoth tarareando *Summer Time*, porque para Fernando y Carlota es canción de infancia y libertad; porque ambos sentían que debían dársela a ella para que después del dolor por la muerte de sus hijos ("ay, mi Charlie boy, tan bello que era", dice la madre de Carlos Pizarro) su alma pudiera desatarse y respirar. Por eso la *Matilde Lina* de Juana Sánchez, un símbolo nacional. Porque la desplazada es alegría, terrenalidad e impulsos de contento, como la letra de la canción.

Y todo tan simple. Unas botas (de Dora Margarita), una bufanda (de Margoth), un lazo (de Juana), una que otra cosa más. Pocos elementos en el escenario. Los que se necesitan. La figura de Carlota—vestida de guerrillera o con su porte de señora o con su delantal de campesina—lo llena todo. Ella, parada entre el telón circular que abraza al público, y sin otra cosa que sus gestos, su canto, sus palabras y su voz. Ella, convertida en tres mujeres distintas: Dora Margarita, Margoth y Juana. Tres mujeres, tres historias de la guerra colombiana.

## Dora Margarita, LA GUERRILLERA

**A los 20 años entró al Eln y después al M-19. Disparó y vio morir a muchos. Se desencantó. Hoy a los 50 está tan pobre como al principio.**

La monja se quitó su hábito en la oscuridad de la selva y se puso bluyín y camisa. Caminamos río arriba. Metimos las cajas repletas de ropa, hamacas y remedios para los guerrilleros del Eln y navegamos toda la noche. Pensaba en mi mamá. Recordaba el inquilinato en Medellín.

Y comenzó esa vida del monte, donde lo único que uno ve es el verde de los árboles, el verde de las hojas, el verde de los palos. Un día nos dijeron que alistáramos nuestras cosas que íbamos a caminar. Llegamos al campamento principal. Conocí a Gabino, a Poliarco (así le decían al cura Pérez) y a Fabio Vásquez, el jefe. Lo acompañaba una mujer muy bella. Después supe que el único que podía tener mujer en el campamento era él. Nos ponían a saltar por unos palos altísimos, a colgarnos de los bejucos, a coger alacranes. Si las mujeres no podíamos nos regañaban y nos hacían sentir inferiores.

A mí me tocó la operación Anorí. El general Valencia Tovar nos hizo un cerco de anillos de soldados vestidos de campesinos. Nos hinchamos de tanto aguantar hambre. Fabio Vásquez salió con el cuento de que estaba enfermo y se fue para Cuba. A mí también me mandaron allá a entrenarme. Conocí a Jaime Báteman, el Flaco, jefe del M-19. Nos echó su cuento. Nos pareció un líder carismático, cálido, divertido. Nos unimos a su lucha. Me tocó el Cantón Norte. Me echaron los caballos encima y me repetían que me iban a violar. Me mantenían horas con los brazos arriba y un arma en la sien. Me llevaron a que mirara torturar a otros. No hablé. En tortura duré doce días...

Fueron muchas las muertes que me tocó ver. Lo más duro de la guerra es la pérdida de los compañeros. Son dolores que se van acumulando. Cuando para, lo devora el dolor de cada muerto.

En Yarumal combatimos 15 días sin descanso. Ahí se rompió la tregua con el gobierno de Belisario... Cuando terminaron los combates me paré en una loma a mirar con binóculos la retirada del Ejército. Me dio mucha tristeza ver cómo sacaban las volquetas con más de cien muertos. Pensaba: "si antes de empezar a matarnos tuviéramos la oportunidad de conversar... si pudiéramos comunicarnos, pararíamos la guerra y rescataríamos al país". No podía llorar. Me enviaron a trabajar con las tropas especiales. Los compañeros me parecían fríos, extraños. Me dio paranoia. Tenía una tarea en Medellín. Busqué a mi mamá. Estaba tan enferma y tan pobre. Entonces pensé: "No vale la pena regresar. Me quedo aquí y velo por mi mamá". Cuando murió quedé desamparada. Mis hermanas viven en una pobreza absoluta. Y a pesar de que la casa está a nombre de las tres, dicen que yo no puedo reclamar nada porque fui guerrillera y que si me presento me denuncian.

Hoy, a los 50 años, sólo me resta esperar la muerte.

## Margoth de Pizarro, LA MADRE



**Hija de un coronel del Ejército y esposa de un almirante, comandante de la Armada. Tres de sus hijos ingresaron a la guerrilla. Dos fueron asesinados.**

Mi papá era coronel del Ejército, mi marido almirante de la Armada y mis tres hijos fueron guerrilleros. Por eso me duele profundamente la muerte de cada soldado y de cada guerrillero.

El de Johny fue un amor a primera vista...Le fascinaba sentarse a tomar ronco y a hablar de política toda la noche con nuestros hijos y sus compañeros, y buscó que en esas charlas los muchachos supieran lo que pasaba en el país. Él creía que Colombia estaba atravesando por una crisis y que se requería un cambio para favorecer a los más necesitados.

Hubo un momento en que todos estaban metidos en la vaina. Y nosotros no lo sabíamos. En las charlas, Johny los revolcaba. Los muchachos se iban a Bogotá, buscaban más argumentos para convencer al papá de que se volviera comunista y regresaban en las siguientes vacaciones. Mientras tanto, Johny leía a Lenin y a Marx para discutir con sus hijos. Johny les dijo a los muchachos: Ustedes están equivocados. Pero Bolívar murió porque los hombres fueran libres. Escogieron ese camino y lo van a vivir. Eso sí, tienen que saber que cada uno paga el precio de sus actos.

Hubo un momento en que todos estaban en la cárcel. Belisario Betancur dio la amnistía a los presos políticos y todos salieron pero mis tres hijos volvieron a la guerra.

Por la toma del Palacio de Justicia, Carlos le pidió perdón al país muchas veces. ¡Ese fue un inmenso error del comandante del M-19 de esa época!

Estaba en París con Nina cuando Carlos me llamó. Ya era el comandante general del M-19. Ya puedes volver, mamá: voy a firmar la paz, me dijo... Yo tenía angustia de que lo iban a matar y regresé. A las ocho y media de la mañana llamó una vecina: hirieron a Carlos. Al poco rato me dieron la noticia: Carlos estaba muerto. Lo vi. Se veía lindo. Era lindo vivo. Y siguió siendo lindo muerto. Un sicario, en pleno vuelo, le disparó cinco tiros en la cabeza... Pensar que murió sin realizar su sueño: salvar a los necesitados y crear un país nuevo.

Hace un año casi matan a Eduardo. ¡No podía ser que mi Dios fuera a mandarme otra pena! Le pegaron seis tiros en las piernas... No entiendo por qué querían matarlo. Lo único que quería Eduardo era parar esta guerra.

Pienso que el destino de cada ser está marcado. Me preguntan: ¿cómo resisto, cómo hago? Es que yo soy mamá... Si les pasara esto, ¿no harían lo mismo?

Lo grandioso de mi hogar —siendo Johny militar— ha sido el respeto por mis hijos. Yo soy católica. El Señor me dice que la vida no es fácil, que hay que tener coraje y que a eso vinimos. Todos los días le pido a Dios perdón, porque si yo siento tanto dolor, me duele mucho más el dolor que a otras madres les hayan causado mis hijos.

## Juana Sánchez, LA DESPLAZADA



**Abandonó su finca en el Magdalena Medio huyendo de los paramilitares. Intentó en Barranca y en el sur de Bolívar y en Puerto Salgar. No pudo. Hoy vive en un ranchito en Bogotá.**

En la finca dejamos las gallinas, los marranos, las cuatro bestias, las 20 reses, y las 70 hectáreas sembradas de yuca, plátano y maíz. Todo lo dejamos botado. Ese día nos salvamos de milagro de una masacre. Al amanecer caminé con mis tres niñas en medio de los combates hasta donde estaba mi marido. Salimos corriendo con él para el puerto de Santa Matilde.

Yo hice hasta quinto de primaria en la Escuela Policarpa Salazarrieta. A los quince años levanté novio. Me volé de la casa con Fernando, que trabajaba en la finca de mi hermana. Estuvimos juntos 16 años. Vivíamos en una finquita que mi cuñado había recibido "al aumento": partía la cosecha con el dueño de la tierra. Pero ganaba muy poco y decidimos irnos para Yarima, Santander. Allá él consiguió ser administrador de una finca ganadera. Duramos diez años, hasta que levantamos finca propia en la vereda Rancho Chile. Resulta que allá quedaba la hacienda Cailas con mil hectáreas de solo rastrojo, abandonada. Nos reunimos 50 familias campesinas y mi marido dirigió la invasión. Todo el mundo hizo su ranchito. A los tres años llegó el Incora, midió las tierras y las tituló.

Por la zona pasaban las Farc y los elenos. Una vez yo tenía la niña con fiebre y diarrea y estaba esperando carro para llevarla al hospital, cuando llegaron unos de las Farc. La examinaron, me tranquilizaron, le dieron droga y la niña se alentó. Ese es el único favor que me ha hecho la guerrilla. Uno habla con ellos por necesidad, para curarse en salud. Pero, como decía mi papá, uno no es agua ni es pescado. Eso no lo creen los paramilitares. Llegan a las zonas rojas y no preguntan si uno es guerrillero. Los campesinos les tienen pánico. Ellos han desplazado a la guerrilla de la zona. Pero el que sufre es el que se queda en el campo.

En Puerto Salgar no había trabajo. Nos vinimos para Bogotá. Sacamos una pieza en arriendo en un inquilinato en Tintalito. Vivir allá era un verdadero sacrificio porque, por ser desplazado, a uno no lo miraban como a un ser humano: le echaban vainas cuando iba a pagar el arriendo; le discriminaban a las hijas y no las dejaban jugar con los otros niños; les decían que por ser desplazados eran una mierda y les tiraban agua y cochinas por las ventanas.

Una prima me acompañó al Ministerio a hacer unas vueltas en el Ministerio del Interior y la Red de Solidaridad y nos dieron la plata para montar un negocio. Pero le dije a mi marido: mejor compremos un lote. Conseguimos uno cerca de donde vivíamos, compramos tablas, tejas de zinc e hicimos la casita. Como el ranchito es propio ya no molestan a las niñas. Mi Dios es muy bueno conmigo. ■